



CAPÍTULO XI

Continúan los milagros de la Eucaristía

SUMARIO

Artículo I.—Milagrosas apariciones de las Hostias consagradas, después de estar por tiempo ignoradas.

1. La Santa Forma de Aniñón.—2. El Sacramento en el pantano.—3. El prodigio de Ponferrada.—4. El sueño de los de Chantada.—5. Robo sacrilego en Onil.

Artículo II.—Las Hostias enteras y frescas que aun subsisten, y la sangre que ha manado de ellas, son testimonio de la veracidad de nuestro dogma.

1. Los corporales de Daroca.—2. El prodigio de Fromista.—3. La Hostia de Aviñón.—4. El milagro de Santa María del Cebrero.—5. Las Hostias de la Catedral de Gorcomia.

Artículo III.—Los desacatos inferidos á la Eucaristía, la han confirmado, y por esto mismo se han convertido sus profanadores.

1. La Hostia de la sinagoga de Gústrov.—2. La duda de un sacerdote.—3. La consagración ilícita.—4. El Pan consagrado dado al perro.

Es tanta la pertinacia de los herejes y el abandono de los indiferentes que muchas veces no se rinden sino á fuerza de testimonios irrefragables, contra los cuales se estrellen las crecientes olas de su orgullo. Por esta razón no estarán de más los hechos prodigiosos que voy á insertar en este capítulo, resultado de lo cual será que si los estudia algún despreocupado, salga de su lectura dudando al menos de si serán ciertas las malditas teorías que acaso le habrán imbuído los impíos contra la doctrina de la Eucaristía. Digo

al menos, porque es casi seguro de que, aun negando la Eucaristía, queden convencidos al leerlos, para cuyo efecto les daremos las más sólidas pruebas.

Artículo I.—Milagrosas apariciones de las Hostias consagradas, después de estar por tiempo ignoradas

1. En el año 1300, un horrible incendio invadió la Iglesia parroquial de Santa María del Castillo del pueblo de Aniñón, diócesis de Tarragona, quedando en pocos momentos el altar mayor reducido á pavesas; mas ¡oh maravillas de lo alto! la cajita que custodiaba al Sacramento Santísimo, quedó completamente intacta entre las voraces llamas, notándose que estaban ensangrentadas las cinco Hostias pequeñas que en ella había consagradas y una mayor, intacta.

Pasados 300 años, durante los cuales la memoria del prodigio y de las mencionadas Hostias se conservaba por tradición, deseó el Sr. D. Diego de Yepes, arzobispo de Tarragona, dar publicidad al milagro; para el efecto comisionó á varios eclesiásticos, quienes, personándose en el lugar del suceso, encontraron las santas Hostias referidas, pegadas al corporal en el mismo estado de antes (1).

2. En el año 1345, unos ladrones robaron un copón que contenía sagradas Formas; viendo que era de cobre lo arrojaron juntamente con las Hostias en un pantano, mas en el mismo momento, éste se llenó de un gran fuego. Huyeron los ladrones, y al día siguiente los pasajeros vieron con grande admiración aquel hermoso prodigio que se continuó por algunos días. Ignorando el Obispo del lugar la causa de semejantes llamas, ordenó un ayuno de tres días, al cabo de los cuales, fué en procesión al lugar del pantano para que el Señor se dignase darle á conocer la causa del prodigio. Hecha ferviente oración, hallaron en seguida el copón con las hostias y, alabando á Dios, las condujeron á la Iglesia de donde fueron robadas. De este hecho existen procesos muy auténticos, particularmente el haber hecho construir

(1) Memoria por D. Mariano Martínez, abad de S. Ildefonso.

Casimiro, rey de Polonia, un templo magnífico en memoria de tan estupendo milagro.

3. Famoso como todos los prodigios, es el que Dios obró en Ponferrada, diócesis de Oviedo, en tiempo de los reyes Católicos. Regentaba aquella silla episcopal el señor Sancho Trelles, y habitaba en los extramuros de la referida población un matrimonio, cristiano al parecer, pero hipócrita en realidad. Fingiendo Benavente, que así se llamaba el consorte varón, una devoción sincera al Santísimo Sacramento, se quedaba á velar en la Iglesia de S. Pedro, precisamente porque en ésta se conservaban muchas y preciosas alhajas. Llegó un día en que, no pudiendo ya contener su codicia y, valiéndose del silencio de la noche y de la falta de testigos, se atrevió á robar el Arca santa y el copón del sagrario, que en efecto extrajo del Tabernáculo, y los escondió en el inmediato Arenal del Campo, para poder luego á sus anchas venderlos á los joyeros. Durante las noches siguientes, variedad de hermosas luces adornaban aquella extensa campiña y al amanecer del siguiente día, un inmenso número de blancas palomas revoloteaban en el mismo lugar. Disparáronse contra éstas multitud de flechas y de piedras, pero ó se rompían ó volvían atrás. Nogaledo, valeroso cristiano, que no creía en hechicerías, dispuso su aljaba y corrió al lugar de las palomas, mas rompiéronse todas sus flechas antes de tocar una sola ave. Intentó pasar adelante y apareció bajo las palomas una viva llama. Comenzaron éstas á agitarse trocando en dorado su blanco plumaje, y al fijarse Nogaledo en un lugar de la llama, reconoció el copón de oro que relucía. ¡Milagro! ¡milagro!, gritó. Á estas voces el clero y el pueblo, ordenados en procesión solemne, acudieron al lugar del prodigio y hallaron en el copón las santas Hostias. En agradecimiento á tanto beneficio erigieron en el mismo sitio una capilla á Cristo Sacramentado (1).

4. En la villa de Chantada, obispado de Lugo, tuvo lugar un prodigio de idéntica naturaleza que el anterior.

(1) Narración de D. Silvestre Losada, párroco de la Encina.

Hubo un sacrílego famoso que tenía la perversa costumbre de hurtar en todas las Iglesias de aquella comarca, los vasos sagrados, llevándose también las santas Formas. Un día en que tocó esta desgracia á la villa de Chantada, cogiendo el célebre caco un sagrado copón con el Santísimo Sacramento, arrojó á éste en un lugar, no muy lejano de la Iglesia robada. Sucedió que siete días más tarde, cuando el pueblo estaba cansado ya de buscar á su Dios Sacramentado, casi todos los vecinos soñaron que el Sacramento se hallaba en aquel lugar cercano al templo. Efectivamente, contáronse unos á otros el sueño; acudieron al sitio imaginado y encontraron las santas Hostias. Aconteció esta maravilla año de 1616 (1).

5. En 1824 tuvo lugar un sacrílego robo en Onil, diócesis de Valencia que, en resumen, fué de esta manera. Por tentación del demonio, Nicolás Bernabeu, natural y vecino de Tibi, en la mañana del 5 de Noviembre del expresado año, entró en la Iglesia parroquial, y pernoctando en ella, pudo en esas horas solitarias robar el Viril que contenía el Santísimo Sacramento, y algunas otras alhajas. Dos veces dejó el Sacramento en el sagrario, después de haberlo cogido; ¡tanto era el remordimiento de su conciencia! pero determinándose al fin, tomóle de nuevo, se salió de la Iglesia por el campanario, y escondió dicho Viril en un lugar llamado la Pedrera, cerca del pueblo de Tibi. Al apercibirse los vecinos del robo sacrílego, comenzaron las investigaciones; una señora pobre ofreció una misa por las almas del purgatorio si tenía la inefable dicha de hallar al Señor Sacramentado. Entonces Dios dispuso que una refulgentísima estrella apareciese en el horizonte y se dirigiese al lugar de la Pedrera; la señora aludida, no sin inspiración divina, siguiendo el curso de la estrella, inquirió de nuevo en la Pedrera, diligencia que habían practicado ya las autoridades y pueblo, y encontró el Sacramento (2).

(1) Fué referido este milagro en la catedral de Compostela, el día de la octava del Corpus, por el cardenal Hoyo.

(2) Reseña de este prodigio por D. Marcelino Sempere; Maestrescuela de Tortosa.

Artículo II.—Las Hostias enteras y frescas que aun permanecen, y la sangre que ha manado de ellas, son testimonio de la veracidad de nuestro dogma

1. En 1238 aconteció el famoso prodigio de los corporales de Daroca, suceso que, unido al de Bolsena y á la petición que la Beata Juliana de Monte Cornillón formuló á Urbano IV, antes de ser pontífice, movió á este Jefe de la Iglesia á instituir la fiesta del Santísimo Sacramento (1).

Mas no puedo dejar de referir el milagro y sus circunstancias, por ser uno de los que mejores caracteres revisten en confirmación de nuestro dogma. Estando en Montpellier el rey conquistador de Valencia, dejó en ésta, por general, á Don Berenguer de Entenza, quien unido á cinco señores de alta alcurnia contenía las violencias de los moros que al rededor de la ciudad del Cid merodeaban. Los cristianos comenzaron á hacer largas correrías por los lugares de los musulimes, ganándoles varios castillos, llegando su heroísmo á talar campos, saquear poblados y arruinar ó rescatar otros á peso de dinero. Ultrajados, al parecer, los sectarios del Corán, determinaron vengarse de los cristianos, á cuyo fin llamaron á los suyos para romper de una vez con los discípulos del Evangelio y arrojarles del reino valenciano, en ausencia del Rey. No desmayaron por esto nuestros esforzados campeones, aunque eran sólo mil en número, mientras que los musulimes llegaban á veinte mil. Es gran temeridad que un tierno niño se oponga á un fornido hombre, pero Dios puede aniquilar los más numerosos ejércitos con sola su voluntad. Por esto no temieron sus hijos y, sin retroceder un paso, intentaron con maduro acuerdo batir un poderoso castillo llamado del Chío, situado entre Luchente y Pinet, á tres horas de Játiva. El general Don Berenguer, entre otras muchas nerviosas arengas que dirigió á sus soldados antes de entrar en acción, dijo las siguientes, dignas de grabarse en el pecho de todo buen general católico: «Ea, pues,

(1) Véase la primera parte del Tomo y libro II.

valerosos cristianos; usad de la acostumbrada grandeza de vuestros ánimos; pelead por vosotros, por Dios y por su ley; y sed ciertos que si no lo desmerecen nuestros pecados, volverá por su causa. Para esto conviene antes limpiar las almas que las armas». Efectivamente, puesto que no quedaba tiempo para que confesaran todos los soldados, los seis capitanes, en nombre del ejército, apresuráronse á limpiar sus conciencias para comulgar. Mientras tanto, mosen Mateo Martínez, rector de S. Cristóbal de la ciudad de Daroca, celebró el santo sacrificio, colocando en la patena seis hostias pequeñas. Llegada la hora, el sacerdote alargó la mano para cojer las hostias sagradas con el fin de ministrárlas á los caudillos; pero de repente vibró la trompeta de ataque y no pudieron comulgar. Quedóse el sacerdote solo y turbado, no sabiendo qué hacer de las hostias. Temiendo un avance de los moros, las escondió entre unos espesos matorrales de lentiscos y palmitos, cubriéndolas con piedras. Púsose inmediatamente en oración, clamando al Señor de las batallas que no quedara confundido y humillado su eterno nombre, mientras que los católicos adalides en nombre de la Virgen Santísima y de S. Jorge, avanzaban, destruían y segaban las cabezas de los enemigos del Crucificado. Después de tres horas de sangrienta lucha, la victoria de parte de los nuestros era completa. El suelo estaba regado de sangre musulmana; el poder de ésta abatido.

Entonces el general cristiano mandó recoger armas, y los soldados caminaron triunfantes hacia el lugar donde se celebró el Santo Sacrificio, para perfeccionar la obra que antes habían comenzado. Vieron al devoto sacerdote lleno de alborozo y júbilo que les mostraba el lugar del santo depósito. Todos estaban esperando que extrajese las santas Hostias; mas ¡oh prodigio de lo alto! Al desplegar el corporal observaron con asombro que las Santas Formas estaban ensangrentadas y se hallaban adheridas á aquél. Entonces todos adoraron á Cristo Sacramentado; pero viendo algunos moros que los cristianos andaban muy ocupados en celebrar el triunfo, volvieron á reanimarse; llamaron á los suyos y tu-

vieron la osadía de presentar de nuevo otra batalla. No se asustaron por esto los cristianos; convencidos de que Dios les favorecía y de que por amor á ellos había obrado tan insigne milagro, rogaron al sacerdote que subiese á la cima del monte y que desde allí ostentase el corporal, á fin de que al verle acometiesen con doble ímpetu contra su enemigo. Así se verificó; el sacerdote subió á lo alto del monte y desplegó el corporal. Al verlo los cristianos se arrojaron cual furiosos leones sobre las hordas musulmanas y las acabaron de derrotar completamente. Apoderáronse del castillo mencionado, tomaron los moros que en él había y, vaciándole de todos sus objetos, le incendiaron, para que no fuese jamás guarida de los enemigos de Jesucristo. Aquí se dió por terminada la famosa batalla, llamada del Chío; pero no finalizó con ésta, la historia de los milagrosos corporales, antes bien, acabada aquélla, comenzaron los prodigios de éstos.

Después que nuestros aguerridos campeones hubieron entonado el triunfal himno al Dios de las victorias; luego que, guardando toda justicia, se hubieron repartido los despojos de la guerra; después, en fin, que los ánimos estuvieron sosegados, trabaron entre sí una religiosa disputa, propia solamente de fervorosos católicos. Cada general quería llevar los corporales á su país; todos alegaban fuertes razones, pero ninguno se conformaba con las de sus competidores. No pudiendo convenirse, adoptaron el medio de las suertes. Fueron hechas, y cayó por tres veces á la ciudad de Daroca, de donde era el Sacerdote. Empero esto no fué suficiente para que se calmase el deseo que tenía cada cual de conducir las prodigiosas Hostias á sus respectivos pueblos; al fin determinaron escoger una mula mansa y de pocos años, que jamás hubiese caminado por tierras de cristianos y que, dejándola del todo libre, anduviese por donde el instinto la gobernase; que allí donde parase sin querer seguir más, fuese el depósito de los mismos. Efectivamente, todo se practicó como se dijo. Iba delante la mula llevando sobre sí una preciosa arquilla que contenía las Sagradas Hostias y los corporales; encima un paño por cubierta, y varios sacerdo-

tes con velas encendidas seguían cantando devotos salmos. Al pasar por Puebla Larga sucedió el primer prodigio. Había aquí un endemoniado que, al vislumbrar las preciosas joyas, exclamó: «Oh Jesucristo, Hijo de Dios vivo: ¿por qué antes del tiempo asignado, viniste á atormentarnos desde ese lienzo colorado y favorecido del ministerio del Sacramento que va en él? ¿No bastaba habernos vencido, cuando derramaste tu sangre en el madero?» Diciendo esto, el demonio dejó libre al poseso. Siguiendo la mula su providencial itinerario, al llegar á Aragón, y en un lugar llamado Jáoba, había unos ladrones que después de haber robado á un caminante, pretendían darle muerte; mas la víctima les pidió que le dejasen confesar. Preguntáronle ellos por el confesor. «Por allá arriba, añadió el mercader, inspirado de Dios, camina un santo clérigo detrás de la Majestad del Altísimo, en compañía de aquella devota gente que le sigue, desde que con tan alto misterio se ha manifestado en la victoria de cabo Luchente. Á él diré mis pecados y daré cuenta de la revelación que en este paso he tenido de aquel acaecimiento milagroso; y si me concedéis esto, yo os juro y prometo por mi Señor Jesucristo en aquellos santos corporales contenido, que por ningún tiempo descubriré á persona alguna el robo é injuria que me habéis hecho». Acabadas estas razones, oyeron los ladrones el ruido de los que acompañaban los corporales milagrosos y huyeron al monte. El ultrajado caminante, al llegar ante la mula, adoró las santas Hostias y confesó con el sacerdote. De allí á un rato bajaron, movidos de Dios, los ladrones y con grandes suspiros pidieron perdón de todos sus pecados, refiriendo al mismo tiempo que, estando en el monte, habían oído celestiales músicas y visto sobre los corporales radiantes luces y que, tocados sus corazones de compunción, se habían determinado bajar, adorar las santas Hostias y mudar de vida. Así lo efectuaron dando sus bienes á los pobres y haciéndose ermitaños.

En el viaje sucedieron cosas de consideración. Cuando era la hora de comer, se paraba el bruto por sí solo y daba tiempo para que los acompañantes satisficieran su necesi-

dad. En el camino se oyeron muchísimos angelicales conciertos que cantaban á coro el *Gloria in excelsis Deo*. Inspirado del Señor, salía el clero de cada pueblo por donde pasaban los corporales y convidaba la mula á que parase allí, aunque sin poder conseguirlo. Finalmente, al llegar á la ciudad de Daroca, el irracional entró en la Iglesia de S. Marcos, reventando al arrodillarse, y dando á conocer con su muerte, que la voluntad de Dios era se quedasen en esta Ciudad los santos corporales. Efectivamente, allí quedaron custodiados y todos los años, el día de su aniversario, son mostrados al pueblo desde una torrecilla, para satisfacer la devoción de innumerables cristianos que acuden á ver tan rara maravilla.

Muchísimos fueron los portentos que el Señor obró por mediación de estas Sagradas Hostias, las cuales aun en nuestros días permanecen incorruptas, como asegura un testigo ocular.

En cierta ocasión, un vecino de Daroca hurtó una cesta de uvas y, preguntándole los guardas ¿de quién eran? contestó que suyas. Apretáronle más en el interrogatorio y exclamó el ladronzuelo: «Juro por los santos corporales que á esta Iglesia vinieron, que estas uvas son de mi viña; y si fuere lo contrario me convierta en piedra de mármol». ¡Infeliz! En el momento mismo que acabó de pronunciar tales palabras, se convirtió, juntamente con la cesta de uvas, en estatua de mármol, lo cual puede verlo quien quisiere en esta misma iglesia.

Una serie de continuados prodigios se obraron todos los años. Cierta día apareció una cruz que iba de un lado á otro del monte del Puche ó Codol (lugar donde se hallaron los corporales). Otras veces, y casi siempre en la fiesta del Santísimo Corpus Christi acompañaban á la procesión que se hacía con los santos corporales, milicias angélicas que con arpa-dos instrumentos loaban á Jesús Sacramentado; sucediendo al mismo tiempo, que todos cuantos iban en la procesión oían deleitablemente los celestiales conciertos, mientras que los que se apartaban de ella no percibían ninguna de las me-

lodías (1). Pasemos empero á estudiar la historia del célebre prodigio de Fromista.

2. Había en esta villa, (Palencia) año de 1453, un ciudadano, llamado Pero Fernández Teresa, que á cierto judío pidió prestados unos pocos maravedises. Terminado el plazo en el cual aquél debía devolver á éste la cantidad prestada y, no teniendo con qué pagársela, el judío, sin temor ninguno, trabajó porque excomulgasen á Fernández. Cayó éste gravemente enfermo, y el párroco, en cumplimiento de su ministerio pastoral, se llegó á darle el santo Viático; mas, al pretender tomar la Hostia de la patena, quedó Aquélla tan fuertemente adherida al sagrado vaso que de ninguna manera pudo el párroco levantarla. Estupefacto éste, creyó que debido á algún pecado del enfermo, habría Dios Nuestro Señor obrado semejante maravilla. Preguntó al viaticando si recordaba algún crimen que hubiese cometido, quien respondió que no le acudía ningún pecado á la memoria del cual no se hubiera confesado. Insistió el párroco en si tenía algún impedimento moral por el cual no quería Dios entrar en su pecho. El interlocutor añadió que estaba excomulgado, pero que había creído estar absuelto por la confesión sacramental. Absolvióle el cura quien, para ministrar al enfermo la sagrada Comunión, tuvo necesidad de regresar al templo y tomar otras santas Partículas, pues aquella sagrada Forma, adherida á la patena no pudo jamás extraerse, conservándose por más de cuatro siglos tan incorrupta y fresca como al principio. En la actualidad quedan aún partículas de aquella Hostia, según han declarado algunos testigos (2).

3. En la Basílica Metropolitana de Valencia se conserva todavía la Sagrada Hostia de Aviñón (Francia) que, envuelta en los corporales, quedó intacta en medio de las cenizas á que se redujo todo cuanto había en este templo. Todo crítico puede visitar la mencionada Basílica y en su sacristía

(1) H.^a general de Valencia. Escolano lib. 9. cap. 32.

(2) Memoria por D. Matías Vielva. Pbro. de Palencia.

se le mostrará este portento que subsiste engastado en un relicario de plata.

4. En una carta del papa Inocencio á los reyes Católicos se refiere el siguiente caso: En la diócesis de Lugo estaba celebrando el santo Sacrificio, un sacerdote quien, al llegar á las palabras de la consagración dudó de si el pan y el vino se convertirían en el verdadero Cuerpo y Sangre del Salvador; mas Dios Nuestro Señor, en el deseo de que su ministro depusiese semejante duda, permitió que la sangre contenida en el cáliz, bajo los accidentes de vino, se hiciese visible á los ojos corporales, pues el cáliz se inclinó y vertió sobre el corporal parte del santo líquido. El sacerdote que observó tal prodigio, pidió perdón al Señor por su enorme culpa. Después de haber transcurrido tantos años, todavía la sangre subsiste congelada en el mismo corporal, y semeja á sangre humana vertida recientemente. Este gran prodigio se muestra en el monasterio de la bienaventurada María del Cebrero de la mencionada Ciudad. Los reyes Católicos pudieron contemplar este ruidoso milagro, ordenando al propio tiempo se construyese en aquel lugar un hospital para los pobres y peregrinos que visitasen el templo y sepulcro del apóstol Santiago (1).

5. He aquí otro singular milagro, (2) acaecido durante la guerra de los Países Bajos. Penetrando una turba de herejes zwinglianos en la catedral de Gorcomia, ciudad de Holanda, y dispuesta á profanarlo todo, no perdonó su sacrilego furor ni aun la humilde morada de Jesús Sacramentado. Abrieron el sagrario y, apoderándose del copón, arrojaron por el suelo el precioso tesoro que contenía, pisoteándole con bárbaro atrevimiento. En una de las santas Hostias señaló el profanador tres clavos del calzado, de las cuales marcas brotaron gotas de sangre, cuya vista trocó tan de veras el corazón de aquel infeliz, que consagró el resto de sus días á llorar sus extravíos bajo el grosero hábito de la Orden de Nuestro Padre S. Francisco. Cuatro siglos han pasa-

(1) Rainald ad ann. 1487, n.º 23.

(2) Semana Católica 23 Abril 1893.

do desde que tuvo lugar este milagro, y no obstante se conserva hoy día la referida sagrada Hostia tan fresca como si la hubieran acabado de consagrar, conociéndose perfectamente en ella las hendiduras de los clavos enrojecidos por las gotas de sangre.

Artículo III.—Los desacatos á la Eucaristía, la han confirmado, y por esto mismo se han convertido sus profanadores

1. Sabido es que la perversa raza deicida es la más difícil de convertir á la Religión de Jesucristo y sin embargo, á fuerza de milagros que Nuestro Señor ha obrado ante sus ojos, muchos abandonaron el Talmud, por seguir el Evangelio. No sería, pues, muy extraño que otros, menos duros de corazón y de entendimiento que los judíos, se convirtieran, al oír la relación de un prodigio ó al contemplar algún hecho portentoso. Insertaré el ocurrido en 1330.

En la sinagoga de la ciudad de Gustrov, encontraron los cristianos una sagrada Hostia, por cuatro lados ensangrentada, lo cual venía á indicar que alguien había cometido con ella horrible atrocidad. Efectivamente, los judíos se valieron de una insensata mujer cristiana para que les proporcionase la santa Partícula, con el fin de cometer con Jesucristo toda suerte de injurias é impiedades. Así que la obtuvieron, cogieron unos afilados puñales y, al hendirlos furiosamente en la santa Hostia, oyeron las voces de un inocente niño que lloraba amargamente. No obstante, de todos aquellos pérfidos israelitas, únicamente se convirtió al Cristianismo una mujer (1).

2. Cierta infeliz sacerdote, luego del acto de la consagración sacramental, dudó de si el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo se pondrían en el altar. En el mismo momento desapareció de sus manos la sagrada Forma. Llegó el segundo día y dudó del mismo modo. Así se repitió por tercera vez, desapareciendo otras tantas veces la sagrada Hostia. Como el sacerdote no podía continuar el San-

(1) Crantcio, lib. 8, Pand., cap. 8., et Rayner. ad. ann. 1330, n.º 53.
Tomo II

to Sacrificio por faltarle una Especie, propuso de todas veras su enmienda y creyó firmemente en la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre del Salvador. Por lo cual, cuando al cuarto día fué á celebrar y luego de haber consagrado, se le aparecieron repentinamente las tres sagradas Formas que había consagrado, y que el mismo Dios las retiró para que creyera en un dogma tan infalible.

3. Otro no menos desdichado sacerdote apostató de su excelso ministerio y, como es consiguiente, llevaba una vida tristísima. Pasó cierto día por el mercado y tuvo la horrible tentación de consagrar todos los panes que había en cada una de las tiendas. Accediendo locamente á ella, recorrió todos los puestos de pan, y en cada uno de los mismos pronunció las palabras consagradorias. Mas ¡oh bondad del Altísimo! En el mismo instante dejóse ver Nuestro Señor Jesucristo en todos y cada uno de los accidentes de pan, visto lo cual por el infeliz presbítero, movió su corazón á penitencia y, llorando amargamente sus pecados, volvió al fervor de sus primeros días de ministerio. Pero no quedaba remediado todo, ya que aquellos sagrados panes no podían ser vendidos, ni podían comerse de cualquier modo. Entonces pidió á los vendedores se los diesen por amor de Dios, y, llevándolos con respeto y devoción á la Iglesia, los repartió poco á poco entre los fieles que se acercaban á comulgar.

4. Hubo un eclesiástico que, olvidado de su elevado carácter, llevaba una vida escandalosísima. Estaba un día celebrando un convite con sus amigos y, después de haber comido y bebido con abundancia, quiso en tono de burla consagrar un pedazo de pan. Así lo hizo en efecto, y después, con más desprecio aún, lo arrojó al inmundo perro que lamía los huesos. Pero éste, impulsado de lo alto, se puso de rodillas ante el Divino Sacramento y no quiso acercarse al sagrado pan por más que los demás le instigaban. Convirtióse á Dios el sacerdote, siendo en adelante un modelo de eclesiásticos.

5. Cierta insensata mujer, deseando probar si estaba el Salvador en la Sagrada Hostia, tomó una Forma consagra-

da y la arrojó en el salvado que había preparado para sus cerdos; mas éstos, movidos de superior impulso, al ir á comerlo se arrodillaron todos sin tocarle. No contenta la impía con este insigne milagro, tomó de nuevo la santa Partícula y colocándola sobre unas ascuas notó con sobresalto que aquélla vertía fresca sangre, en vista de lo cual se convirtió á nuestra Fe. (1).

(1) Alberto, ob. de Brescia.